

—Eso es, pero á la vuelta lo llevaré yo. Tú remarás. Si quieres...

—¡Claro que quiero! Así mismo lo hemos de hacer.

Y recapitulando, para quedar plenamente convenidos:

—Entonces yo remo hacia abajo, ¿no es eso?

—Sí.

—Y tú diriges, ¿no es eso?

—Sí.

—Y cuando volvamos será al revés, ¿eh?

—Eso es.

Muy bien, queda dicho. Y ambos, al mismo tiempo, se impusieron el secreto uno á otro.

—¡Chits!...

—¡Chits!

* * *

Caía la tarde, límpida, clara. En la vasta bóveda del cielo, trozos de nubes flotaban inmóviles.

Encendidas en aquella explosión roja del ocaso, las crestas de los montes fran-

jeábanse de púrpura y oro, en la mágica decoración del Poniente. Comenzaba á caer sobre los campos la inmensa paz tranquila de los crepúsculos, y una quietud dulcísima y vagamente melancólica iba preparando á la naturaleza para el gran sueño reparador de toda la noche.

...Y la tarde iba muriendo, cada vez más límpida.

En aquella luz indecisa del crepúsculo que mansamente íbase acentuando, los montes del Sur tomaban la torva apariencia de gigantescas sombras, inmóviles en un fondo en que se apagaban suavemente todos los cambiantes de luz. Perdíanse los detalles del paisaje en aquella indecisión vaga de la noche que avanzaba, y una especie de silencio imponente dominaba la naturaleza toda, recogida en un como espasmo abrumador y siniestro, que en nuestro interior evoca, en horas tales, no sé qué vagos recelos ó miedos inconscientes, en cuya virtud la imaginación abulta las cosas, y en el mundo exterior la retina tiende á exagerar las formas de los objetos.

Mudas de gorgeos, atravesando el es-

pacio en vuelos rapidísimos, las bandadas de pájaros recogíanse en los nidos, buscando refugio contra el frío que apretaba. Caían ya sobre los valles pesadamente las sombras de los montes, y una especie de humo sútilmente azulado envolvía de cerca las casas, ocultándolas para el tranquilo sueño en que iban á sumirse.

Y en tal hora, y en medio de tal silencio, la lanchita blanca deslizábase mansamente sobre el agua tranquila del río, donde empezaban á reflejarse las primeras estrellas. Dentro de la lancha, los dos hermanitos, silenciosos, dejábanse llevar de aquel ruido suave de los remos que abrían paso en las aguas... ¡No! era bien seguro que nunca habían sentido una alegría tan intensa y viva — alegría dolorosa que les traspasaba el pecho, trocándose en energía en los músculos, y cristalizando en sonrisas en los labios.

Dentro de aquella adorada barquilla, situados en medio del río, eran señores absolutos de su voluntad, podían ir donde les agradase, libres de amonestaciones ajenas, solos, independientes. Y esta feliz convicción de la libertad alcanzada, tor-



nábalos orgullosos, además de henchirlos de alegría. Seguramente, nunca habían sido tan felices, y ¿quién sabe si lo volverían á ser?... Entretanto, acentuábase la noche. Sonaba en las orillas el murmullo del agua, chocando contra las raíces profundas de los sauces. En el cielo, elevado y tranquilo, centelleaban las estrellas en montones.

—¿Remas, Antonio?—preguntó el del timón.—¿Lo ves bien?—Y apuntaba hacia el lucero vespertino, la estrella que más brillaba.

Habían concebido los dos el extraño deseo de coger la estrella, cuyo brillo diamantino les fascinaba. ¡Era tan linda!

—¡Ayuda tú con el timón!—repitió instándole Manuel.—¡Miren la estrellita! ¡Y cómo se las echa de lista! Hemos de pasarle delante, sólo por eso...

—¡Vaya una gracia! ¡Si está quieta!—dijo el otro, convencido de la facilidad de la empresa.

—¡Está quieta, está quieta! pero siempre de frente á nosotros: ¡cualquiera lo entiende! Mira cómo brilla, Antonio.

—Sí, pero rema, que yo ya aprieto;

falta poco. Á la vuelta de aquel peñón está, de fijo.

No era cosa difícil pasarle delante. En menos de media hora era seguro alcanzarla. Y engastada en el azul oscuro del cielo, la estrella parecía brillar más cuanto más la miraban.

—¿De qué están hechas las estrellas?— preguntó el menor.

—De plata, ya se sabe.

Entonces el otro, lanzando una mirada envolvente á la extensión infinita del cielo, exclamó:

—¡Eh, cuánta plata!

—El sol, es de oro, —añadió Manuel.

—¡Ya se ve!— contestóle convencido el hermano.— Pero yo, si me diesen á escoger, prefería las estrellas. ¡Mira que hay!

—Pues yo, mejor querría el sol. Digas lo que quieras, siempre es más grande.

Y á la vez que hablaban, los dos seguían mirando la hechicera estrella que perseguían. Los remos, en tanto, iban abriendo brecha en el agua, con cierto ruido muy dulce...

Y allá, en el alto cielo, diríase que la

hechicera estrella brillaba cada vez más, incitándolos.

—¿Ves cómo hace así?— y púsose á pestañear imitando la palpitación centelleante é irregular de la luz sideral.

—Es que tiene sueño, —respondió el otro.

—¡Ca, hombre! Eso es que nos hace gestos, lo digo yo.

—¿Con que sí? Pues que haga gestos y que se descuide: si cae aquí abajo, se ahoga de fijo...— Y apuntándole con el puño cerrado, gritó riéndose: — ¡Eh, lucero!

En aquel momento, un aereolito trazó estela de plata en el azul del cielo, extinguiéndose rápidamente. Los pequeños cobraron miedo y ambos murmuraron con tono de oración las palabras rituales:

Dios te gué bien guiada
Que en el cielo eres creada.

—¿Ves?—dijo Manuel, que era el más supersticioso de los dos.— ¡Vuelve á señalar para ellas!... Yo ya no señalo más, porque nacen «clavos» en las manos.

—¿A tí «te cortaron el aire,» Manuel? (1).

—Eso dice mamá. Á media noche me llevaron á la fuente, y me salpicaron de agua todo el cuerpo. ¡Estaría fría, el agua!... —observó alzando los hombros. —Después me pusieron cara á las estrellas, y la mamá dijo:

Aire veo
Luz veo
Estrellas veo:
El mal de mi cuerpo
Por la espalda lo desecho.

Riéronse largamente. Estaría gracioso Manuel, desnudito, en carnes, al cuello de la madre.

Y luego, todos de espaldas, á ver cuando «se cortaba el aire.»

—Y se cortó. Ahora, en agradecimiento, una vez al año, á lo menos una vez al año, he de mirar por los agujeros del pañuelo á las *cinco llagas*, unas estre-

(1) Superstición popular que consiste en bendecir al recién nacido para ahuyentar los maleficios.

llas que están allá arriba, y rezar un Ave María.

—¿Siempre, siempre?

—Mientras viva. Luego que muera, iré á pasar tres días con tres noches dentro de una de ellas.

—¡De veras! —observó con incredulidad el hermano. —Tú no cabes allí...

—No lo sé: así lo dicen los libros.

Pero ya los brazos dolían de remar, dolían mucho...

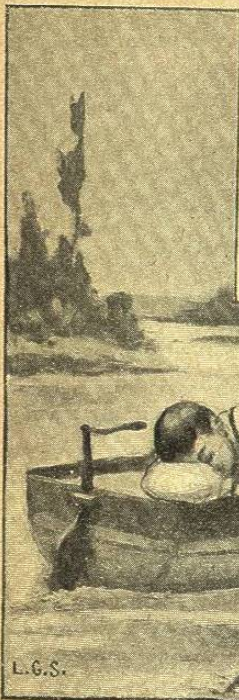
Debía de ser tarde, y ellos no lo advertían, preocupados como iban por el deseo de alcanzar la estrella.

La noche estaba tranquila; no se movía en la espesura ni una hoja verde de sauce; un silencio continuo lo dominaba todo, completamente. Y balanceante y murmuradora, el agua del río iba echando espuma sobre la quilla, con cierto ruido de una blandura suavísima y dulce.

...¡Pero los brazos, cada vez dolían más!...

Ahora, en el cielo, había muchas estrellas brillantes, muchas, aunque ninguna ¡ya se ve! como aquella. Entretanto, los dos niños empezaban á mirar menos

hacia el lucero, porque irresistiblemente se les doblaba la cabeza sobre el pecho, y



L.G.S.

los párpados se les cerraban, á pesar de todos sus esfuerzos en contrario. ...¡Y los brazos, doliendo sin cesar!... La lanchita vo-

gaba ahora á merced de la corriente, sin otro impulso. Dentro de ella... la música levísima de las respiraciones de los dos niños, adormilados...

Transcurrió así algún tiempo. De pronto, un ruido sordo, y luego un movimiento brusco de balanceo, hizo despertar al del timón.

En la gran alucinación del peligro, aterrado por el miedo, gritó en seguida:

— ¡Manuel, Manuell

El remador despertó, sobresaltado.

— ¿La estrella? Todavía está ahí, mira, — dijo incoherente, entontecido por el sueño.

— ¡Una peña por cada lado! ¿Oyes el río? ¡Es ya tarde! — continuó afligido Antonio.

— ¿Todavía no le pasamos adelante? — preguntó ingenuamente Manuel, refiriéndose siempre á la estrella.

Pero su hermano, sacudiéndolo convulsamente, procurando volverlo á la realidad, le gritó de nuevo, con lágrimas en la voz:

— ¡Manuel, despierta! ¡Mira que estamos perdidos, Manuel!

Y así que se dieron cuenta del gran peligro en que estaban, prorrumpieron ambos en lloro convulsivo, agarrados uno á otro, heridos por un terrible pavor que la hora

y el sitio aumentaban cruelmente. Parecíales horrísono aquel murmurar continuo de la corriente; les afligía como si fuese el salmodiar monótono y ronco de una legión de malos espíritus, que preludiasen ante ellos las agonías lentas de la muerte. Parecíanles á los dos niños las rocas informes de las orillas, negros gigantes, que por un exceso de malvada indiferencia hubiesen jurado asistir, impasibles y mudos, á la obscura tragedia de su desgracia.

Y la lancha continuaba encallada; no había fuerzas humanas que la arrancasen de allí. Habían perdido los remos. Era forzoso esperar á que amaneciese y acudiera alguien en su socorro, alguien que oyese de lejos sus aflictivos gritos.

¡Cruelísimo trance!...

Y en tanto, los brazos seguían doliendo; dolíales ahora todo el cuerpo, á la vez que una tristeza cada vez más grave les oprimía el espíritu, y como que los embutecía.

—¡Y la estrella siempre allí!...— observó todavía Manuel, balbuciente de miedo, como si quisiese increpar á la propia

estrella por su indiferencia criminal, en medio de aquel enorme infortunio en que por causa de ella habían caído. — Si pudiese socorrernos...

Hasta que por fin, postrados por la fatiga y las lágrimas, de nuevo adormecieronse, ya muy entrada la noche.

Pero en su furia constante, la corriente, que era allí muy fuerte, no cesaba de batir contra las piedras y contra la pobre lancha indefensa. Por conclusión de tamaño lidiar, el río la impulsó de repente hacia un lado, donde las aguas se retorcián en remolino, y comenzó á hacerla girar violentamente. Cuando el agua se precipitó dentro, los dos pequeños, despertados súbitamente de este modo, prorumpieron en gritos desgarradores.

— ¡Socorro! ¡Jesús nos salve!

Despuntaba la mañana, serena, tranquila, llena de gorgeos y de colores. Mas como nadie acudía, y la lucha con el río era desigual, en una embestida más violenta la pobre barquilla, destrozada, enfiló de proa hacia el abismo, y allí se hundió para siempre. Mortalmente heridos, en el último paroxismo de su enorme dolor des-

esperado, los dos hermanitos, unidos en un abrazo, hundiéronse también con ella!...

* * *

...En aquel mismo instante... — y más lejos que nunca — ...la hechicera estrella acababa de cerrar también sus párpados luminosos!...



¡Madre!